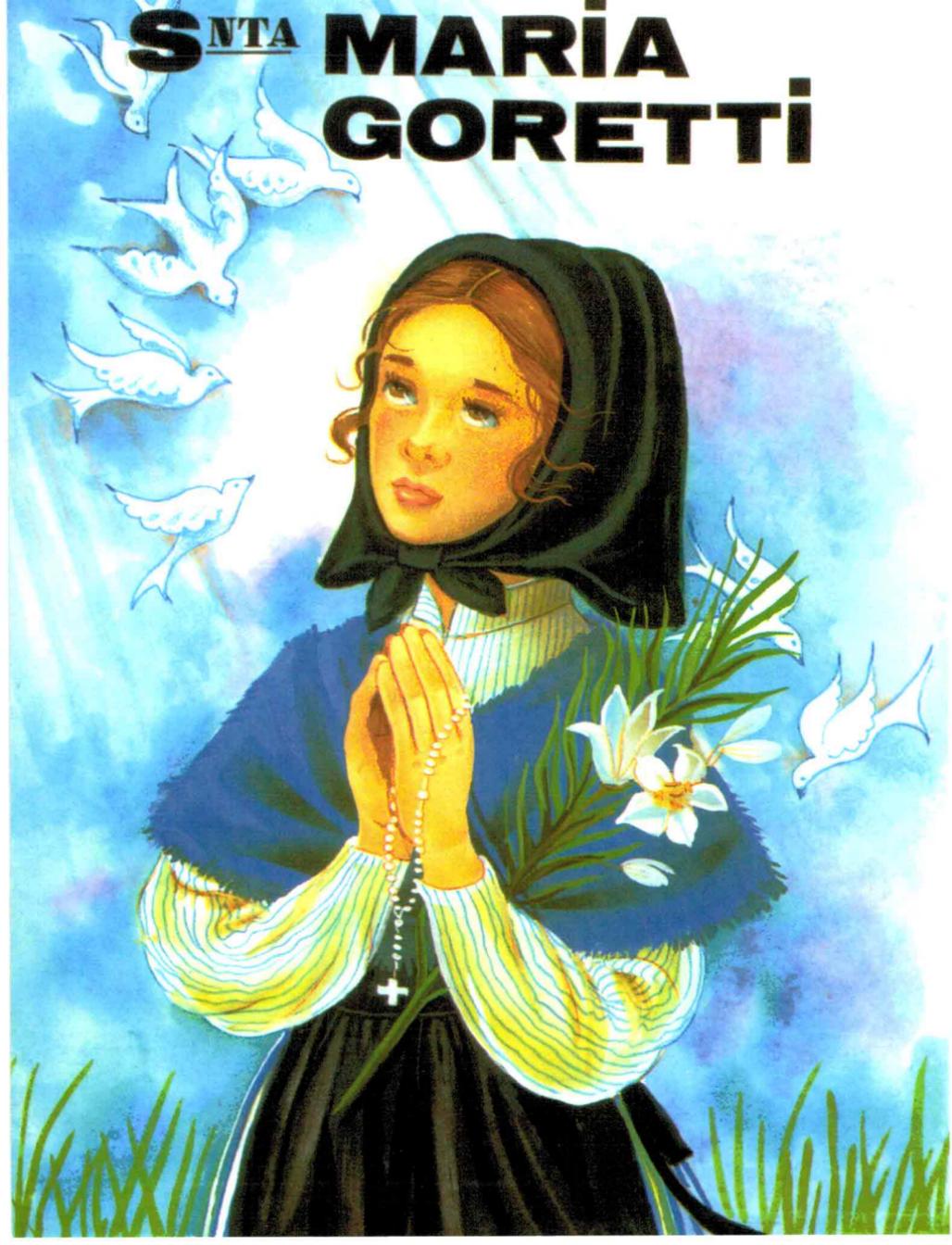


SANTA MARIA GORETTI



SANTA MARÍA GORETTI

Por Fray Rafael M.^a López Melús
carmelita

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 SEVILLA

www.apostoladomariano.com

SANTA MARIA GORETTI



AQUEL 24 DE JUNIO

Hay fechas que quedan grabadas en el corazón y en la memoria para siempre. Y, sobre todo, cuando estos importantes acontecimientos acaecieron cuando se era joven.

Yo tenía 22 años y estudiaba teología en Roma. Sólo se hablaba de ello, de la canonización que el papa iba a realizar ese verano. Recuerdo momento por momento de aquella fecha para mí imborrable. Año Santo Universal, 1950. Un papa que llamaba la atención del mundo por la solemnidad que daba a las cosas. Una madre que iba a estar presente en la exaltación a los altares de su propia hija. El mismo asesino que todavía estaba vivo. El motivo del martirio. El primer caso de este tipo de santos de este siglo XX...

Todo eran circunstancias que hacían único en la historia este acontecimiento. El papa, para que pudieran ser más los asistentes, lo adelantó al sábado y la hizo en la misma Plaza de San Pedro. Nunca se vio tanto gentío ni tanta emoción: Centenares de cardenales y millares de obispos, sacerdotes, religiosos y seglares... Yo tuve la enorme alegría de formar parte del cortejo papal ya que de cada Orden religiosa íbamos una representación...

Dos hermanos de la nueva santa —Ángel y Mariano— llevaban las orlas del estandarte de la mártir. Su mamá asistía en una sillita de ruedas. Aún conservo, con gran cariño, una postal de la misma Sta. María Goretti en la que mamá Asunta me hizo una crucecita al dorso con una pluma.

El papa estaba emocionado cuando dijo: «Aprobamos y ordenamos que la nueva Beata María Goretti sea venerada como santa y así la inscribimos en el catálogo de los santos».

Grandes aplausos de aquellos 500.000 peregrinos venidos de todo el mundo ensordecieron la plaza.



«FAMILIA QUE REZA UNIDA»

Aunque seguramente no conocían esta frase, que popularizó el gran apóstol del rezo del santo Rosario en familia, el P. Patricio Peyton, los benditos padres de Santa María Goretti —Luis Goretti y María Asunta Carlini— pero sí que la practicaban que es lo que importa.

Eran pobres y buenos cristianos sus padres. El Señor les bendijo con siete hijos. El primero murió al poco de nacer. La tercera fue nuestra protagonista que venía al mundo en un pueblo —Corinaldo— de la provincia de Ancono, en Italia, el 16 de octubre de 1890. Al día siguiente, como hacían los padres llenos de fe, la llevaron a bautizar y la colocaron bajo el patrocinio de la Virgen María imponiéndole su nombre. A los seis añitos, el 4 de octubre de 1896, recibió el sacramento de la confirmación que de modo tan rico y vital actuará unos años después cuando reciba la palma del martirio.

De padres semianalfabetos ella también lo era porque no tuvo ocasión de aprender ya que tenía que trabajar para ganarse el pan. Pero sus padres y el mismo sacerdote le enseñaron lo fundamental de la fe cristiana con sus palabras y con sus ejemplos.

En casa de los Goretti se rezaba el rosario en familia todas las noches, se bendecía la mesa y todos los domingos iban todos a Misa y comulgaban de cuando en cuando porque entonces no era costumbre hacerlo con la frecuencia que se hace ahora.

Sus padres eran muy honrados y gozaban del aprecio de todos y compartían lo poco que tenían con otros más necesitados.

Estas virtudes y esta vida de piedad fue calando en el corazón de MARIETA, como la llamaban todos, y en él germinaron y florecieron.



«Uno de estos será para mí»

La vida de los pobres en muchas ocasiones es muy dura, sobre todo cuando se ven obligados a emigrar.

Luis y María Asunta viendo que la vida en Corinaldo cada día se deterioraba más y más marcharon a otra parte en busca de nuevo trabajo. Siempre para trabajar en el campo que era lo único que podían hacer.

Pocos días después de recibir el sacramento de la confirmación, el 28 de octubre de 1896, partían hacia la parte de Roma, donde se encargarían de trabajar con otras familias unos nuevos campos.

Aquí llevaban una vida dura y de escasas ganancias. Pasaron muchas veces hasta hambre y se alimentaban con solo pan — que se amasaba una sola vez al mes— y polenta.

Entre las familias con quienes compartían el trabajo, pasado algún tiempo, se encontraba un tal Juan Serenelli y sus dos hijos Vicente y Alejandro. El mayor estaba en la mili y el pequeño formará parte tristemente de esta historia. No tenían madre y por ello la familia Goretti les hacía un poco de madre.

Marieta en este ambiente de naturaleza y austeridad fue forjando su carácter sobrenatural y retraído, solitario y meditabundo.

El lugar era poco saludable ya que había muchos pantanos y abundaba el paludismo. En pocos días, por si esta vida tan dura fuera poco, llegó la prueba mayor.

Un día llegaron a la casa del Conde donde ellos trabajaban unos ataúdes y Luis se encargó de bajarlos del carro. Y se le oyó decir:

—«Uno de estos será para mí».

No se equivocó. Enfermó y a los diez días de contraer la enfermedad, el 6 de mayo de 1900, a los 41 años de edad, moría dejando un triste cuadro: viuda con seis hijos, una de pocos meses.



«No hacer mal y no tener miedo»

La pobre viuda —María Asunta— hubo de cargar con la triple responsabilidad: educación de su numerosa prole, su gran pobreza y su viudez... Pero siempre confió en el Señor y Él nunca la abandonó.

¡Cuánto debieran de aprender los padres de hoy que dudan de la ayuda de la Providencia Divina y limitan la natalidad muchas veces por fines muy poco honorables: conservar el tipo, dificultad de medios para darles todos los caprichos que quieran, estar más libres para llevar su vida, etc...

Tanto el padre como la madre de nuestra mártir tenían como lema éste: «Dios proveerá». Y ellos lo inculcaron a sus hijos de palabra y, sobre todo, de obra. Siempre se «fieron del Señor» como hacía San Pablo.

Otra de las frases que tanto bien harían a nuestra Marieta y a sus hermanitos Ángel, Mariano, Alejandro, Ersilio y Teresa a lo largo de toda su vida fue ésta que su santa madre les repetía con mucha frecuencia: «No hacer mal y no tener miedo».

Aunque parezca muy sencillo, en ello está sintetizado todo cuanto se puede desear ya que el fin del hombre en este mundo no es más que éste: Hacer el bien y cumplir la voluntad de Dios. Quien hace esto se salva, que es la finalidad última por la que hemos sido creados. Y para ello NO tener miedo, es decir, fiarnos de la ayuda del Señor y de la protección de la Santísima Virgen que nunca nos faltará si de nuestra parte ponemos los medios para ello.

Marieta nunca jamás hizo el mal ni dañó a nadie... Siempre estaba dispuesta como pan blanco y blando para dejarse comer... y siempre fue valiente hasta el heroísmo hasta dejarse matar antes que mancillar la blancura de su alma. Buen ejemplo para todos nosotros hoy.



EL DÍA MÁS FELIZ DE SU VIDA

Marieta tenía muchas ganas de recibir a Jesús en su corazón, y así se lo manifestó un día a su madre:

—«Mamá, ¿cuándo podré hacer la primera comunión?».

—Hija mía, eso quisiera yo pero no es fácil porque para hacerlo debes ir al catecismo y abandonarías el trabajo que necesitamos para poder comer. Por otra parte también tendrías que llevar un vestido nuevo y bonito y ya sabes que no tenemos dinero para comprarlo...»

—«Bien, mamá. Bien sabes cuántas ganas tengo de hacerla aunque no estrene ni vestido ni zapatos pero Dios proveerá. Si te parece podía ir a aprender el catecismo aunque me quite tiempo del descanso». Y así lo hizo. Se preparó lo mejor posible asistiendo al catecismo durante bastante tiempo y, sobre todo, siendo cada vez mejor.

Por fin todo estaba preparado. Unas buenas señoras, le proporcionaron un bello vestido y unos zapatos nuevos. Cada día se la veía más contenta y con más ansias de recibir a Jesús en su corazón.

Un día que su hermano Ángel, que iba también a hacer la primera comunión, hizo alguna trastada a su madre, Marieta le corrigió: —«Piensa a quién vas a recibir. Tienes que ser cada día mejor».

Ella sí que lo era.

Por fin llegó el GRAN DÍA. Eran once niñas y dos niños, uno de ellos su hermano Ángel, los que recibieron juntos la Primera comunión, parece que fue el día 29 de mayo de 1902, fiesta del Corpus Christi.

Nos gustaría saber lo que ella dijo a Jesús y Jesús a ella aquel gran día. Antes se puso de rodillas y pidió perdón a todos.

Después de la comunión dijo Marieta a su mamá:

—«Estate contenta porque yo te prometo que seré cada vez mejor». Y lo fue.



«Mamá, no me dejes sola»

La soledad es buena para encontrar y dialogar con Dios, pero el que vive solitario también tiene sus peligros. Marieta lo sabía.

Ya en varias ocasiones le había tentado Satanás por medio del joven que vivía en su misma casa, por ello no quería estar sola pues le daba pánico sólo el pensar que podía volver el tentador.

Por ello un día le dijo casi llorando a su madre:

—«Por favor, mamá, no me dejes sola».

Mamá Asunta debía de acudir a todas partes, y, sobre todo pesaban sobre sus hombros todos los duros trabajos del campo y por ello Marieta se encargaba más bien de los quehaceres de la casa: cocinar, coser, fregar, barrer y cuidar a los hermanos más pequeños.

Su pobre madre no sabía nada del calvario que estaba pasando su pequeña Marieta pues ella no le había manifestado nada de cuanto sucedía pues Alejandro —el tentador— le había amenazado con la muerte si decía algo a su madre.

Marieta era una chica sensata y prudente, mucho más que otras niñas a su edad. Se la veía siempre ocupada y nunca pensaba como otras niñas en juegos o en amigas. Así decía después mamá Asunta:

—«Mi Marieta era verdaderamente muy buena chica. Era comprensiva y serena, bastante más de lo que suelen ser a esa edad. Siempre estaba ocupada en algo útil para la casa».

Y en el proceso de beatificación su hermano Mariano depuso:

—«Ponía especial empeño en enseñarnos a rezar».

Y su madre completaba este testimonio:

—«Mi pobrecita era buena, vivaracha como una avispa. Era muy obediente. Nunca me hizo enfadar, Cuidaba de sus hermanitos y les enseñaba el catecismo...».



LA VIRTUD DE LA PUREZA

A lo largo de los dos mil años que cuenta de vida la Iglesia han sido miles y miles los hombres y mujeres que han muerto dando testimonio de esta virtud angelical. Que prefirieron antes derramar toda su sangre que mancillar la blancura de sus almas.

La virtud de la pureza la instituyó Jesucristo en el mundo y ninguna criatura humana la vivió como la misma Virgen María. Jesús quiso rodearse de almas vírgenes: María, José, los niños inocentes...

Nuestros Padres medievales cantaban;

«Dos cosas ha hecho Dios bellas en el mundo:

La flor cuando está lozana y el corazón del joven y de la joven cuando son puros.»

Y San Agustín llegaba a decir que el joven que conserva íntegra su pureza es un verdadero mártir porque sufre un sacrificio incruento pero tanto más meritorio que el cruento porque éste le dura por toda la vida.

Hoy, por desgracia, en muchos estamentos sociales por culpa de los medios de comunicación, mucha juventud menosprecia la virtud angelical de la pureza, la modestia, el pudor, las buenas costumbres en el hacer y en el hablar... Los jóvenes de nuestros días están atacados por los cuatro costados.

El papa Pablo VI cuando el 14 de septiembre de 1969 oró largamente sobre la tumba de Santa María Goretti en Neptuno dijo cosas muy bellas sobre esta virtud vivida por nuestra MÁRTIR de la PUREZA. Dijo:

«Hoy recordamos con reverencia la historia sangrienta de nuestra heroína. La mártir (testigo de sangre) nos dice: La pureza es no solo parte de nuestro ser, sino nuestro ser total... La pureza no es sino equilibrio, armonía entre el espíritu y la carne, el alma y el cuerpo, la razón y el instinto, la voluntad y la pasión». En ella «lo débil venció al fuerte».



EL TENTADOR

Ya conocemos la familia GORETTI: El padre muerto dejando a una joven mujer con seis niños todos muy pequeños —el primero ya había muerto— y en condiciones económicas muy precarias.

Junto a ellos vivía otra familia con la desgracia que no tenían «madre». Había dejado viudo a Juan Serenelli con sus dos hijos, Vicente y Alejandro.

Juan era buena persona pero sin personalidad, le gustaba demasiado el alcohol y no sabía educar a sus hijos. El mayor marchó a hacer el servicio militar y apenas sabemos nada de él. El segundo, Alejandro, como otros muchos jóvenes de su edad creció un poco a sus anchas y poco a poco, pervertido por las malas lecturas y quizá también por sus amigos, fue albergando una diabólica pasión en su corazón: la lujuria.

Aunque Marieta hacía todo cuanto podía por no llamar la atención y era sumamente recogida y parecía un ángel... sus ojos se fueron tras aquella niña quizá porque no se atrevía a ir detrás de otras que eran descaradas y tentadoras.

El mismo dirá después:

«De Marieta no me atraía nada malo pues era un ángel pero como no me atrevía a ir con mujeres mayores me decidí a ir a ella... Le ataqué en varias ocasiones y siempre me rechazó con fuerza. Ella se daba bien cuenta de lo que yo pretendía...»

Alejandro tenía veinte años. Marieta once. La diferencia era mucha pero la pasión no respeta las edades cuando no se la sabe cortar. Alejandro se dejó arrastrar por aquel torbellino de su carne y llegó hasta la brutalidad de dar muerte a un ángel de criatura.

Una vez cometido el horrendo delito quedó como atontado. No huyó. Creyó que no le culparían a él y que Marieta no daría su nombre. pero las pruebas eran demasiado claras.



«Desde que nació la consagré a la Madonna»

Estas fueron las palabras que la buena mamá Asunta contestó al señor párroco cuando le insinuó que el día de su primera comunión la consagrarse a la Virgen.

¡Ah si todas las madres vivieran esa fe y ese amor a la Virgen María! ¡Qué diferentes serían sus hijos al estar bajo el patrocinio de tan buena e Inmaculada Madre!

Ya dijimos que en su hogar se rezaba todas las noches el santo Rosario.

El mismo asesino Alejandro depuso: «Todas las tardes rezaba con los suyos el santo Rosario. Tenía una veneración especial a la Sma. Virgen, adornaba con cariño sus imágenes y se la veía frecuentemente con el rosario en la mano».

Estos sentimientos los reforzó el día de su primera comunión ya que el sacerdote que les dio la Primera comunión les dijo en la plática algo que quedó grabado en su corazón:

—«Antes morir que echar del alma a Jesús por el pecado. Rezad cada día tres Avemarías a la Santísima Virgen».

Pero fue en las durísimas horas de su martirio donde afloró de modo maravilloso el gran amor que profesaba a sus dos amores: Jesús y María. En lo más intenso del dolor, cuando le cortaban y cosían sin anestesia alguna, se le oía exclamar:

—«¡Jesús!. ¡María!. Ayudadme. Os amo».

Había en la habitación una imagen de la Virgen y Marieta decía:

—«Acercadme más a la Madonna. Quiero estar junto a ella».

Y repetía con los asistentes, casi sin parar el «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores»...

Como broche final, a proposición del P. Capellán, fue inscrita, con gran gozo de su alma, en la lista de las Hijas de María»... Lo había sido toda su vida pero ahora lo era especialmente por su angelical pureza y por su martirio.



¡ANTES DE MORIR!

Aún ahora, a pesar de haber pasado veinte siglos, habría que recordar el episodio que nos cuenta San Pablo cuando preguntó: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo?» Y le contestaron: «Ni siquiera sabemos que existe, qué es eso»...

Uno de los siete dones del Espíritu Santo que han vivido en plenitud los mártires de todos los tiempos ha sido el don de FORTALEZA. El santo crisma que recibimos el día de la confirmación debiera de darnos fuerzas para vencer toda clase de enemigos contra nuestra fe y virtud...

Nuestra SANTA MARÍA GORETTI vivió hasta el heroísmo a pesar de sus once añitos que quisieran poder vivir muchas personas mayores.

El sermón del Jueves Santo de 1902, que trató sobre la Pasión del Señor y que con colores muy vivos el predicador pintó que cuando se peca es volver a dar muerte a Jesús igual que hace dos mil años... impresionó fuertemente al corazón grande de la pequeña Marieta. Así lo dijo a su madre al llegar a casa:

—«Madre he hecho este propósito, ¡antes morir que pecar!»

Mamá Asunta pudo testificar en el Proceso:

—«Marieta tuvo un cuidado especial en conservar la pureza. Su corazón fue siempre limpio. Cuanto más honraba a la Sma. Virgen más crecía en ella el amor a la pureza. Siempre huía de todo aquello que podía mancillar la blancura de su alma. Nunca se acostó sin haber rezado antes el santo rosario».

El mismo asesino testificó:

—«Yo le dije: Si cuentas algo a tu madre, te mato. Pero ella jamás permitió cosa alguna que pudiera desdorar su pureza. Jamás me dio el menor pretexto, la más mínima sonrisa o expresión que pudiera despertar en mí la pasión... Siempre resistió a mis insinuaciones...».



CATORCE PUÑALADAS

Aún hoy, a distancia casi de un siglo, nos deja helados el solo pensarlo. Una niña pobre, inocente, sin padre, recatada, piadosa, obediente y siempre dispuesta a hacer el bien... terminar en un charco de sangre por una pasión no controlada.

He estado varias veces en La Ferriere y en Neptuno. Allí se palpa la presencia de la angelical y parece que de un momento a otro se va a aparecer por allí la figura grácil, seria, recogida, angelical de la niña MARIETA...

La tarde del 5 de julio de 1902, era sábado, día dedicado a la Virgen María y hacía muchísimo sol.

Los Procesos y el libro escrito por el mismo Alejandro Serenelli —el homicida— dan toda clase de detalles sobre el glorioso martirio.

Estaba Marieta cuidando a su hermana Teresita —de cinco mesecitos nada más— y zurciendo una camisa del mismo Alejandro. Este abandonó la era y marchó con el propósito de violar a la niña. La invitó a entrar a su habitación. Se resistió, salió él y la arrastró. Intentó salir con la suya. La niña se defendió con todas sus fuerzas y él, ciego por la pasión, sacó un punzón que ya llevaba consigo de unos 25 cm de largo y le clavó catorce puñaladas, ocho sobre el pecho y vientre y seis sobre la espalda.

Mientras Marieta gritaba:

—«¡No, Alejandro, no, no hagas eso. Eso es un pecado. Jesús, María, ayúdame...!»

Con los gritos se despertó Teresita. Acudió la mamá que estaba trillando cerca, también el padre de Alejandro y otras personas... La niña estaba consciente en un charco de sangre...

Fue llevada pronto a Neptuno, la ciudad más próxima y durante casi toda la noche estuvo en medio de terribles dolores —pues por su gravedad y juventud no pudieron anestesiarla—, pronunciando jaculatorias, rezando y diciendo que perdonaba a Alejandro y que deseaba verlo con ella en el cielo...

«MI NIÑA ERA UN ÁNGEL DE PUREZA»

Nos hemos quedado en el capitulillo anterior en la noche más dura de su corta vida. Del sábado al domingo, del día 5 al 6 de julio de 1902.

Cincuenta años después —6.7.1952— era yo ordenado sacerdote en Roma y pedí a la Santita, que hacía dos años que había sido canonizada, que a mí y a todas las personas del mundo nos diera su VALOR y que el ejemplo de su PUREZA fuera siempre un estímulo para los jóvenes y mayores de hoy que tanta necesidad tienen de esta virtud y que en la actualidad tan vapuleada está por los cuatro costados, aún por aquellos —las autoridades— que tienen obligación de vigilar por ella...

María Goretti era una santita pero no nació santa. Se hizo. Sólo el Señor y ella saben cuánto hubo de luchar para ser santa, para vencer al tentador hasta ver coronada su titánica lucha con la palma del martirio. Su misma mamá la describió así:

—«Marieta era hermosa. Para su edad tal vez demasiado desarrollada, medía un metro y cincuenta centímetros. Tenía un rostro normal, pálido rojizo, con frescura de virgen y velado por un matiz de tristeza... Los ojos reflejaban viveza y bondad y cubría su cabeza con un velo atado en la barbilla. El pelo lo llevaba recogido detrás como las personas mayores... En casa y en el campo andaba siempre descalza... Me ha obedecido siempre, siempre. Nunca me dio la menor preocupación...»

El mismo Alejandro hizo de ella una descripción maravillosa: Normal, buena, piadosa, servicial, recatada, educada...

Las gentes decían a mamá Asunta aún antes de su martirio: «Tienes un ángel de hija. Es un ángel de pureza».

Buen ejemplo para tantas madres de hoy que no saben educar a sus hijas e inculcarles el amor a la virtud de la pureza como hizo mamá Asunta...

Mejor ejemplo todavía para tantas jóvenes de hoy que sólo piensan en sexo, drogas, tabaco y libertinaje. Ojalá su ejemplo haga nacer muchas que emulen sus virtudes.

